



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

JUEVES 15 DE AGOSTO DE 1872.

NÚM. 107.



EL ALCORNOQUE DE ABRAHAM.

LA LUZ.

Al poner la pluma sobre el papel para preguntar una vez más sobre el estado de la cuestión abolicionista, sentimos hondo pesar, porque creemos, y con sobrado fundamento, que sucederá hoy lo de ayer, y que los esclavos seguirán siendo esclavos, y que los negreros seguirán gozando impunemente del fruto de los sudores y de la sangre del negro.

¿Qué se vá á hacer? ¿Ha llegado ya por fin la hora? Los respetables intereses de que se hablaba enfáticamente ayer, ¿van á ser lastimados ó no con la abolicion? Todo lo que se sabe de público es que reina gran actividad en el Ministerio de Ultramar, que se preparan grandes re-

formas políticas y económicas para las Antillas, y concretamente para nuestra cuestión, que se estaba preparando el reglamento, aquel famosísimo reglamento de que tanto se ha hablado, que ha de hacer que se cumplimente la ley de abolicion gradual, hecha pomposamente en Madrid y no ménos pomposamente desestimada en Cuba.

El reglamento vá á salir á luz. *Parturiens mons, nascetur tus ridiculus mus*. La ley de abolicion gradual es incompleta, mala, insuficiente, y todavía les pareció mal á los negreros y las autoridades de la isla, cómplices en el hecho, y no la dieron cumplimiento. Faltaba el reglamento, decían, que detallara y aclarara muchos puntos oscuros de la ley. Vendrá el reglamento, y luego ¿qué faltará? Nada más que la voluntad

para dar un paso, siquiera sea tan pobre y tan mezquino como el que marca la ley.

La esclavitud deja huellas profundas de miseria y degradacion en las sociedades en que vive y en las sociedades por que pasa. Si el carácter general del siglo es en todos los países el de un materialismo profundo, lo es más aún en aquellos pueblos que todavía sustentan ese dogma de la antigua barbarie llamado esclavitud. El amor al oro, al placer, á la molicie, se despiertan más fácilmente allí donde el peso de todos los trabajos cae sobre una clase degradada y vilipendiada. Los unos trabajan tanto más, cuanto más gozan los otros. Hace falta mucho dinero para costear los placeres del amo, y el esclavo tiene que trabajar hasta morir.

Gástense resmas de papel en los Ministerios;

háganse leyes y reglamentos que después de todo no sirven para maldita de Dios la cosa; llámense filibusteros á los que piden la abolición; vengan estos filibusteros al poder y hagan lo propio que los que se lo llamaban; corra la sangre española en Cuba, vacíese su Tesoro, muera su crédito, y de entre estas ruinas solo salga vivo y triunfante el espectro fúnebre esclavitud: dígase en todos los tonos «esperad, esperad;» organicense nuevos batallones para la isla, que después de todo los poderes seguirán siendo débiles, los negreros ricos y tiranos, los esclavos miserables y bestias de carga, el látigo la ley, el capitán general el escudo y Dios el castigo del porvenir.

LA CONFESION Y SUS CONSECUENCIAS ANTE LA HISTORIA.

No pensamos demostrar en el presente artículo la falsedad de un dogma que encadena á la Iglesia católica romana á las decisiones más ó menos severas de algunos hombres, erigidos únicamente por su audacia en jueces del mundo entero. Asunto es este tratado ya con sobrada detención. Vamos tan solo á indicar hoy los funestos resultados que en la vida individual y en la vida de los pueblos está produciendo esa institución, nacida, según sus defensores, para dirección de las almas y mejoramiento de las costumbres.

Corrompida con el tiempo la doctrina del Salvador por las pasiones de aquellos que debieran haber sido sus más celosos defensores, la Iglesia dejó de ser lo que fuera en un principio; estableció gerarquías y distinciones humanas; adquirió poder y riquezas y concedió á sus jefes en el mundo y en el tiempo aquellas promesas de Jesucristo á sus apóstoles: «Yo os daré las llaves del reino de los cielos.» Las oraciones que la Iglesia de Jesucristo dirigía al Redentor por boca de todos sus miembros en los tiempos primitivos, tuvieron después que ser formuladas por los que se habían erigido en directores del pueblo. Los gritos de arrepentimiento, salidos de lo más hondo de un corazón amante y temeroso de su Dios, perdieron su espontaneidad y su grandeza al ser substituidos por palabras dichas al oído de los hombres, que con frívolos pretextos se elevaron sobre la Iglesia, cuando esta se prosternaba y hundía la frente en el polvo al sentirse pecadora y al implorar á Dios el perdón de sus faltas. Primera y funesta consecuencia del orgullo de esos hombres, fué separar por mucho tiempo á la criatura de su Dios, privarla del influjo de su gracia, del influjo de su espíritu que salva y regenera, para alcanzar por medio de súplicas humillantes dirigidas á mortales y pecadores, efímeros consuelos, palabras que engendran la duda y que concluyen por hundir al alma en el abismo espantoso de la indiferencia.

Hé aquí al hombre olvidado de su Dios y sujeto perpétuamente á la voluntad de otro hombre. ¿Qué consecuencias produce este hecho en la vida de los pueblos? Constituida la Iglesia en la única intermediaria entre la criatura y el Creador, se erige en el único tribunal de justicia que el mundo contempla como verdadero. El dogma de su poder se estiende de la esfera moral á la esfera social y política. El imperio que pensó sofocar en su germen á la Iglesia de Cristo, rindió su fuerza también ante la autoridad de las Iglesias del mundo romano. Los pueblos bárbaros respetaron asimismo ese poder que todo el mundo respetaba. De él alcanzaron el reconocimiento de sus conquistas, y en cambio de ello, materializaron más de lo que estaba aquella Iglesia, enriqueciéndola con bienes y tesoros en pago de los dones morales que de ella había recibido. Estas diferentes alianzas con los poderes civiles se traducen en la historia por hechos, ajenos ciertamente al espíritu de caridad que recomendaba Aquel que nunca quiso la muerte del pecador, sino que se convirtiese y viviera. Los castigos no fueron siempre morales como los que en los tiempos primeros impusieron las Iglesias de aquellos que por sus faltas públicas, ó por su cinismo y pérdida de su fe, eran motivo de escándalo y de

horror. La confesión, al hacerse secreta, ataba más al poder del sacerdote la vida toda de los legos. Tornada de medicina escepcional en práctica vulgar y puramente humana, perdió toda su fuerza saludable, particularmente cuando el Concilio de Letran, celebrado en 1215, dispuso, bajo pena de castigos severos, la obligación en que los fieles católicos romanos se encontraban de confesarse una vez por lo ménos cada un año.

El poder de juzgar y castigar que usurpó la Iglesia cuando todavía eran públicas las confesiones de los cristianos, y que se extendió en los siglos IV y subsiguientes, hasta condenar por sí y á espaldas del acusado, actos no solo religiosos sino también políticos, fué la verdadera base y fundamento de la confesión auricular, secreta unas veces, hecha pública contra las leyes y promesas verificadas en diferentes ocasiones. El auxilio que el Estado prestó á la Iglesia católica en sus juicios y sentencias, confirmó el establecimiento del poder de absolver y condenar primero, y después del dogma que ha dado al catolicismo el dominio de las almas y de los pueblos. La historia nos presenta ejemplos del desarrollo de ese poder. Máximo, competidor de Teodosio, concede á Idacio é Itacio poder para condenar á muerte al hereje Prisciliano y sus secuaces. Presenciaron los obispos españoles el tormento de estos desventurados, y después su muerte, bendijeron—¡qué insulto!—á Dios por su grandeza y colocando á Máximo como á un verdadero defensor de la fe en el número de los santos. Este hecho engendró otros de igual naturaleza, pero las penas se trocaron todavía por otras más terribles. El fuego empezó á desprender los funestos resplandores que iluminan los tormentos de cientos de miles de infelices. La Iglesia dijo qué, castigando Dios en el otro mundo con el fuego, ella, que se erigía aquí en representante suyo, debía castigar de igual modo los crímenes en la tierra. Los heterodoxos, los hechiceros, todos los acusados por la Iglesia entonces, por la Inquisición después, sufrieron este martirio, el cual los reyes presenciaron y autorizaron, humillando su autoridad ante aquellos que hablaban y obraban sacrilegamente en nombre de la autoridad divina.

¿Qué extrañeza causará este consorcio de lo civil y de lo religioso, cuando hasta en las excomuniones, penas morales en un principio, se deja sentir la mano del poder político, convertido por la Iglesia católica en su brazo vengador, más bien que de la justicia? Un decreto del rey franco Childeberto declara que las excomuniones llevan consigo la pérdida de los bienes. Una capitular del año 850 imposibilita á todo excomulgado para ejercer cargo alguno, y hasta le aísla en la sociedad de tal modo, que sólo le permite el trato con su familia siempre que esta no se horrorice y huya de aquel que está viviendo bajo el peso de los crímenes. Pero no muy tarde los mismos reyes y los señores se vieron á su vez amenazados por el arma del anatema, del cual tanto abusaron los Obispos y los Papas; y el pueblo fué en esta ocasión el que, por vengarse de algunos de los déspotas, ayudaba á la Iglesia cuando esta pronunciaba el entredicho, viniendo así á aumentar el desacierto entre las autoridades civil y religiosa.

Este desacuerdo está patentemente demostrado en las tentativas de regicidio. Jacobo Clemente, Cobatel y Ravallac, como asimismo Jáuregui y Baltasar Gerard, asesinos de Guillermo de Orange, y todos los que en aquellos tiempos—siglo XVI—perpetraron crímenes de igual naturaleza, fueron á cometer estos odiosos actos después de haber preparado su alma por medio de la confesión. Ó la Iglesia católica romana prohibía á estos miserables, ó faltó en no impedir atentados que traían consecuencias tan funestas, apoderándose de aquellos hombres ó revelando su propósito, que no era la vez primera ni la primera ley que hubiera existido, por la cual la Iglesia ha roto el sigilo sacramental en aquello que redundaba en crédito ó en beneficio suyo. El dilema es terrible, pero lógico. La historia nos dice que Felipe II, rey católico de España, «prometió, bajo su palabra real, 25.000 escudos de oro, el perdón de todo crimen cometido anteriormente y cartas de nobleza al que le librase de un traidor.» Este traidor era el príncipe de Orange. La Liga de los diez y seis, que había constituido en Francia un verdadero Estado en el reinado de Enrique III, combatido y vencido al fin por los que se llamaban verdaderos católicos, elogió la muerte del fanático Clemente como un martirio, y hasta

ensalzó la dicha de la mujer que le había dado á luz.

Estrada dice que el asesino Jáuregui no se atrevió á ejecutar aquel crimen «sin haber corroborado antes con el pan celestial su alma, purificada por la confesión á los pies de un dominico.» Ravallac enseñó al jesuita Aubigni el cuchillo que sepultó en el corazón de Enrique IV. Por esto, tres meses después de este regicidio—1610—se trató en Francia, entre otras cosas, de que los eclesiásticos se considerasen tan sujetos al rey como los demás miembros del Estado, y de que el sacerdote que supiera por medio de la confesión conspiraciones ó tramas contra el Estado ó el rey, las revelara á los magistrados.

Y estas ideas no envolvían ningún ataque al decanado siglo sacramental, que ya sabemos todos qué viene á ser en las asociaciones jesuíticas de los tiempos modernos.

La curia romana obligaba ya al confesor á delatar á los inquisidores á los que habían abusado de la honestidad de una mujer.

Paulo IV, Pio IV, Clemente VIII y Gregorio XV ordenaron estas revelaciones contra lo dispuesto en el cuarto Concilio de Letran, constituyendo al tribunal de la penitencia en un lugar de delaciones y sacrilegios. Lo odioso y repugnante de estas disposiciones está en la prohibición de prevenir parricidios ó crímenes de tan tristes consecuencias por no romper el sigilo del sacramento, al paso que el sigilo desaparecía para delatar asuntos ni tan graves ni de interés. ¿Es esto serio? Creemos que esto no pudo ménos de ser resultado fatal de la oposición que aun existe entre la Iglesia y el Estado.

No hace un mes todavía hemos leído en un periódico la noticia de un suicidio. El infeliz extraviado se preparó á morir confesando y comulgando; y no es ciertamente el único caso de este género. ¿Qué influencia bienhechora ejerce en el mundo el dogma de la confesión?

Ni en la moral pública ni en las costumbres han sido más ventajosos los resultados. La penitencia ha venido á ser un acto con el cual hay que cumplir para no pasar como ateo ante los ojos del mundo. ¿Qué diferencia entre estas confesiones en secreto y por fórmula, y las confesiones y penitencias públicas de la primitiva Iglesia! El fervor de aquellos tiempos hizo que los fieles, cuando habían cometido alguna falta que diera motivo para escándalo, no en todos los demás casos que Dios conoce únicamente, se prosternaran ante la Iglesia para demandarla un castigo por el mal ejemplo que la habían dado. Hoy la confesión anual y su acostumbrada penitencia no son más que la misma confirmación del pecado. Frecuentemente el pecador pasa en Cuaresma de los bailes y la orgía á la iglesia para cumplir con una costumbre: ¡Dios y Mammon dividiéndose el dominio del mundo! ¿Qué cambios, qué arrepentimientos sinceros ha de haber en las costumbres y en la vida? Los frailes se sirvieron de esta práctica para adquirir los bienes fabulosos que poseían. Prueba es de ello, que las leyes han tenido que prohibir que los moribundos nombren herederos á sus confesores, á la Iglesia, al convento ó parientes de estos.

La Inquisición abusó del sacramento para elevar su poder sobre el monárquico en los Estados. La falsa piedad de algunas reglas y compañías religiosas, la benignidad en la penitencia, la meliflua dulzura de sus razonamientos les han atraído cierto dominio terrible sobre las familias más principales, encadenando á la imagen de Roma el verdadero corazón de la familia, el corazón de la mujer.

Mucho tendríamos que exponer si fuéramos á indicar todas, absolutamente todas las consecuencias de la confesión y del poder de juzgar que se ha atribuido la llamada Iglesia de Jesucristo. Basta que dejemos consignadas aquellas que desde luego se manifiestan como más notables.

Primera. La separación de la criatura y el Creador, humillando la Iglesia á la hechura de este, y cifrando la salvación en prácticas estériles.

Segunda. La conversión de la Iglesia llamada católica en un estado jerárquico, que abatió en la Edad Media todo otro poder político y social, ocasionando con esto las sacrílegas guerras entre los reyes y los sacerdotes, ó sea entre el imperio y el papado.

Tercera. El escándalo producido por la Iglesia católica, contemplando indiferente ó ayudando los regicidios y asesinatos políticos de varios siglos, y particularmente del décimo sexto.

Cuarta. El exterminio de doce millones de personas verificado por la Inquisición en Europa, para sostener al poder teocrático contra el influjo del espíritu de la verdad y del progreso, que es el espíritu de Dios.

Quinta. La corrupción de costumbres, la espantosa idolatría y el escéptico casuismo que florecen en el mundo católico romano.

Sexta. La lucha, todavía existente, entre el progreso y el jesuitismo, para derribar la humanidad á los pies de Roma, cuyo triunfo en estos tiempos no sería más que el triunfo de algunas sociedades que han convertido al papado en instrumento de su ambición.

Acudamos, pues, á Cristo únicamente cuando sintamos herido nuestro corazón, como en todos los casos de la vida. No hay salvación para los que á Él no acuden, y confían, en cambio, en el poder del hombre. Si faltamos á nuestro hermano, pidámosle su perdón, que es de justicia. Dios obrará. Si pecamos contra Dios, arrodillémonos ante Él en nuestra morada y pidámosle su gracia y su misericordia; que Él que lee en lo profundo de nuestros corazones, nos dará su consuelo y bendición. Pero siempre, en todos los momentos de la vida, sea el espíritu del Señor el que nos mueva; y al dirigirnos á nuestros hermanos ofendidos, al Señor, á quien de continuo faltamos, imploremos con fervor la misericordia de este, porque su misericordia es grande, porque su piedad es para siempre.

EL EVANGELIO DE SAN JUAN.

I.

Siendo tan importantes como lo son todos los Evangelios, el de San Juan es uno de los más notables. No tiene en general ese sabor que se percibe en toda literatura teológica. Hay en él, á más de una infinita profundidad, toda la suavidad y ternura de aquel que habla del amor de Jesucristo. Cuando se han leído muchos escritores teológicos y no se ha encontrado en ellos más que la aridez, y en ocasiones hasta el fastidio; cuando se han leído los libros de tantos doctores que parece pretenden hacer consistir la ciencia en multiplicar el número de las cuestiones teológicas y en aumentar el número de sus preguntas, llevando tan allá sus exigencias que pocas veces serán satisfechas y lee uno el Evangelio de San Juan, se llena de una alegre y agradable sorpresa al ver la intuición profunda que poseía el ilustre desterrado de Patmos. Verdades que uno sabía y conocía perfectamente, dichas por el apóstol parece como que cobran una nueva vida y que adquieren una frescura inagotable. Al leer en este siglo escéptico y razonador el Evangelio de San Juan, parece como que se vuelve á la sencillez y serenidad del mundo naciente cristiano.

Pascal ha escrito estas bellas frases: «La fe es Dios, sensible al corazón; entonces no se vacila; no hacemos ya deducciones ni reflexiones; se ve todo sencillamente; se tiene por cierto lo que despierte eco en nuestro corazón; se renuncia á querer tocar lo sobrenatural por el método que parece destinado á despulsarlo y se mueve uno en medio de ello; se le aleja bajo cierto punto de vista, y se siente que forma parte íntegra de la naturaleza humana, y que enciende en ella una sed que él solo está llamado á apagar.» Jamás se han escrito unas palabras más exactas y que mejor podamos aplicar al Evangelio de que tratamos.

Pero, se dirá: esto es puramente misticismo. Pues qué, ¿no le hay, preguntamos nosotros, en el fondo de toda religión, si es verdaderamente tal? El sentimiento es la base de todas las religiones positivas; la razón pura es solo propia del racionalismo; la intuición es propiedad de las primeras, la reflexión del segundo. Las religiones positivas establecen una relación directa entre ellas y el objeto amado y reverenciado; el racionalismo lo hace pasar todo por el frío y helado crisol de la razón.

Bajo el punto de vista lógico y filosófico, el misticismo que se apoya sobre el sentimiento y la intui-

ción, tiene tanta razón de ser por lo ménos como el raciocinio y la reflexión, y entran en la analogía de las ciencias humanas, puesto que las dos se fundan en la naturaleza misma del hombre. Al hablar del misticismo, no hablamos de aquel que para muchas gentes consiste solo en bajar la cabeza, en no hablar con nadie, y en frecuentes golpes de pecho; hablamos de aquel que tiene por base y que cree estar más cerca de Dios, cuanto más le contempla y admira.

De esta clase de misticismo es el de San Juan. No se puede confundir este misticismo sano, natural, indispensable del apóstol, con un sentimentalismo prietista, con un iluminismo desvergonzado ó con un quietismo enervante. Lo que constituye el mérito del misticismo de San Juan, es que permanece siempre á la misma altura y no pasa nunca de aquella esfera en que dejaría de ser natural y legítima para convertirse en beato y monástico. Acusan algunos á Juan de ser excesivamente metafísico y de ser el primer teólogo, usando la palabra teólogo en sentido de casuista; pero en nuestro sentir, no sienta sino las premisas metafísicas que le son indispensables para que el edificio que vá á levantar no descansa sobre arena. Le son necesarias algunas tesis especulativas para la demostración que ha de sentar después y las con la seguridad de que, naturales y sencillas como son, obtendrán el asentimiento de todos sin grandes esfuerzos del raciocinio. El misticismo que hay en el fondo del Evangelio de San Juan, no se parece en nada al de la «Imitación de Cristo.» Una especie de piedad monástica, la abdicación completa de la voluntad y de la conciencia, el sacrificio absoluto del cuerpo, la condenación de lo bueno y de lo agradable que hay en el mundo, constituyen el fondo del misticismo de la «Imitación.» El quietismo mortal que se desprende de cada una de las páginas de este libro; la soñolencia religiosa que se advierte en él, es solo buena para las almas atrofiadas que viven en medio del sueño de los claustros. «No puede compararse el espíritu del Evangelio, según San Juan, dice un comentarista cristiano, que nos habla de justicia, de juicio, de la necesidad de escoger entre la luz y la oscuridad, bajo pena de escluírnos de toda participación en la vida futura, con la piedad muelle, con el quietismo de la «Imitación,» que haciendo consistir la sabiduría en una contemplación puramente beata, solo sirve para uso de almas enfermas ó de monjes, porque es sorda á la voz de la conciencia y del deber.»

UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE MELANCHTON.

Wittemberg fué una de las ciudades más agitadas por la Reforma. En su Universidad comenzó á predicar Lutero la nueva doctrina, que dejaba entrever un nuevo campo de alegrías y esperanzas. La palabra de Melanchton agitó á la buena ciudad escogida por Dios para ser una de las primeras que escuchasen su doctrina sencilla y salvadora. De todas partes, de Alemania, de los Países-Bajos, de Inglaterra, de Italia, de Francia, de Hungría, acudía numeroso concurso de gentes para escuchar al joven y ya célebre maestro; las gentes se admiraban al ver que un joven de veinticuatro años, y que no era eclesiástico, les predicaba tan magníficos y tan excelentes sermones. Melanchton tenía más elocuencia que Lutero; no tenía, si se quiere, juzgado como hombre, las frases gráficas y características de aquel; pero tenía en cambio más elevación. En todas las casas de Wittemberg se disputaban al inteligente é instruido profesor; varias Universidades también le deseaban, especialmente la de Ingolstadt; pero Lutero y sus amigos ansiaban que no se marchase de entre de ellos, para lo cual creyeron no hallar otro medio mejor que procurar que se casase en aquella ciudad con una joven de la misma. Lutero no quiso tomarlo á su cargo el negocio, pero no faltó quien le echara sobre sus hombros.

Había en Wittemberg una familia á la sazón muy antigua, muy digna y muy respetable. Estaba por aquel entonces á la cabeza de ella un magistrado llamado Krapp, muy probo y muy honrado. Melanchton visitaba aquella casa. Había en ella una joven hija del magistrado, llamada Catalina, como la mujer de Lutero, de un carácter afable, dulce y tierno, y lo que suele ser con-

secuencia de esta clase de caracteres, de una sensibilidad exquisita; ésta fué la que le destinaron sus amigos para esposa.

Aconsejaronle que la pidiera como tal; pero á Melanchton le sucedía lo que á muchos hombres de genio y de pensamiento; el estudio y la lectura eran sus grandes compañeros, y no necesitaba otros. En verdad que pocas veces habíasele ocurrido á Melanchton la idea de casarse; los estudios del Nuevo Testamento y de los autores antiguos que tan en voga estaban en aquellos días, le bastaban; al principio se negó, pero tanto y tanto le instaron sus amigos, que al fin les dió su consentimiento. Dieron ellos los pasos necesarios para la boda, pues el buen Melanchton, dado su poco afecto al estado matrimonial, no hacía gran cosa para adelantarla, y aquella tuvo lugar al fin. Ya que Dios lo ha querido así, exclamó Melanchton dando un gran suspiro, es menester que yo renuncie á mis estudios y á mis gozos para conformarme con la voluntad de mis amigos. «*Ego meis studiis, mea me voluptate fraudo*, añadía. A Catalina la acogió con frialdad. Por más que no amara á la joven, no dejaba de reconocer las excelentes prendas de su carácter, lo que le hacía decir: «Mi joven esposa está dotada de un carácter y de una educación tal, como la podía pedir á Dios,» y luego añadía tristemente: «Hubiera sido, en verdad, digna de un marido mejor.» La verdad es, que aquella excelente mujer fué una víctima sacrificada en aras del gran maestro. En Agosto quedó todo pactado; en Setiembre se celebraron los esponsales y la boda se consumó á últimos de Diciembre. Muchos hombres notables de aquel tiempo la honraron con su asistencia; el mismo Lutero y sus hermanas asistieron á los esponsales.

Sucedió á Melanchton lo que á muchos grandes hombres, le amaron más que amó. Su mujer se desvivía por él: él en cambio la tenía afecto, pero no dejaba de tratarla con frialdad marcada, lo que le hacía padecer cruelmente. A la menor cosa se alarmaba la virtuosa Catalina: algunas veces hizo retroceder á su marido cuando este intentaba dar un paso arriesgado en servicio de Dios. Muchos atribuyen las vacilaciones de Melanchton á la influencia de su mujer. «Me vi obligado á ceder, escribió una vez el discípulo de Lutero, á su flaqueza; esta es nuestra herencia;» y la verdad es que no cedió una vez, sino algunas veces, y que no fué tan animoso y decidido como debe serlo el verdadero soldado de Cristo. Catalina fué tan buena esposa, como madre excelente. La caridad era su gran virtud; no había día que no fuera señalado por ella, por las abundantes limosnas para los pobres de la ciudad. «No me desampares, ¡oh Dios! era la oración diaria de aquella mujer, en mi vejez, ni cuando principie á encanecer.» Sucedió lo que debía suceder forzosamente; la ternura y la afabilidad de Catalina ganaron el corazón de su esposo. Las dulzuras domésticas no se comprenden bien hasta que se sienten, y esto le sucedió á él; su felicidad consistió desde entonces en estar al lado de su mujer y sus hijos. Refiérese que un viajero francés, al ir á visitar al «maestro de Alemania» y encontrándole mecido con una mano la cuna de uno de sus hijos y con un libro en la otra, retrocedió asombrado; pero Melanchton le habló con tanta elocuencia sobre los niños, le expuso con tanta seducción cuanto Cristo les amaba, que el viajero, según su propio decir, salió de la casa más instruido de lo que había entrado en ella.

«El casamiento de Melanchton, dice un escritor, dió un hogar á la Reforma; y las puertas de su domicilio se abrían en Wittemberg á cuantos se hallaban animados del espíritu de nueva vida.» Así era, en efecto. Acudían á él de todas partes considerable número de extranjeros: los unos para que los enseñara, los otros para que los fortaleciera. Hacía el bien, y era hasta ingenioso para hacerle; su mano izquierda, según el precepto del Evangelio, no sabía nunca lo que hacía su derecha. Bastará un rasgo para pintar la dulzura, la afabilidad y la tolerancia de aquel carácter verdaderamente excepcional. Poseía una colección de monedas y medallas antiguas, muy notables por sus inscripciones y efigies. Hallábase un día en su casa de visita un extranjero, y enseñándole las medallas, le agradaron sobremanera. «Tomad la que gusteis, le dijo al discípulo de Lutero.» «Me gustan todas,» replicó el extranjero. «Confieso, dice el mismo Melanchton, que esta indiscreta respuesta me

ofendió al principio; sin embargo, se las dió. Hechos de esta naturaleza pintan á un hombre mejor que toda su biografía.

(Se continuará).

MEDITACION.

Le debe el arte al *santo* paganismo
Del *gentil* cristianismo,
Que á su gusto formó la egregia Roma,
Riqueza y esplendor imponderable
En magníficos templos
Cuyas altivas torres
Parece que en su anhelo
Quieren audaces escalar el cielo,
Jigantes catedrales
Con sus altas ventanas ojivales,
Y bóvedas sombrías
Donde el órgano arroja
Imponentes y tristes melodías.
Sus naves espaciosas
Dan paso á las capillas,
Donde el arte encerró sus maravillas:
Al mármol prestó aliento la escultura,
Y al lienzo le dió vida la pintura:
Presentando figuras ideales
De vírgenes preciosas,
Con negros mantos, y con blancas tocas,
Y ángeles bellos
De dorados cabellos
Y leves alas de color de rosa,
Cual las que ostenta el alma de las flores,
La sencilla y voluble mariposa.
A Cristo lo revisten á su antojo
Con túnicas de negro terciopelo,
Y de mirra y de incienso al cielo sube
Blanca, lijera y ondulante nube.
Todo esto es bello, halaga á los sentidos,
La inspiracion humana allí se admira:
Mas todos sus encantos son perdidos
Al mirar en su fondo la mentira,
¡Cuando el alma cristiana considera
Que no es esa la senda verdadera!

¿Necesitó Jesús flores y altares
Para explicar sus máximas divinas?
Bien sabemos que no; buscó los mares
Y le bastaron valles y colinas:
Y encargó á sus discípulos que solo
Su espíritu adoraran,
Y que fueran del uno al otro polo
Y sus *eternas leyes* publicaran.
Más no les exigió templos gigantes
Con lienzos y grandiosas esculturas,
Solo les dijo así con voz vibrante:
«Escudriñad las Santas Escrituras.»
Esto fué lo que Cristo pidió al hombre,
Un amor grande, sin rival, profundo:
Y que el santo recuerdo de su nombre
Fuera la luz que iluminara el mundo.

¿Por qué entonces el grave cristianismo
Alzó templos y altares
Imitando al pasado paganismo?
Que á sus dioses y génios tutelares
Homenaje rendian
Porque el nombre de Dios no conocian.
Aquel que no comprende que hay un cielo,
Y que hay un Dios modelo de ternura,
Debemos perdonarle que en su anhelo
Un ídolo levante
Y que le rinda culto reverente:
Pero el que tiene ilustracion bastante
Para saber que Jesucristo ha sido
El que á la humanidad ha redimido,
Con este sí que la razon se ofusca
Viendo que torpe busca
Entre santos y santas
Un buen intermediario
Para llegar de Dios al santuario.

El culto de los santos
Es la amarga irrisión del cristianismo,
Porque es darle derechos
A míseros mortales,
Que aunque mártires fueron
Por la divina fe que á Dios juraron.
Pero estos grandes hombres
¿Quién podrá asegurar que no pecaron?
Justo es que su recuerdo
Se guarde de la historia en los anales,
Y se imiten sus hechos inmortales.
Más de esto á concederles
Derechos celestiales,
Existe tan notable diferencia
Como hay desde la duda y la ignorancia.
A la verdad innegable de la ciencia.
Solamente al Señor pedir debemos
Porque Él únicamente es el que puede
Darnos la apreciacion que merecemos.
¡Solo Él es infalible,
Perfeccion que en el hombre es imposible!

¿Se conoce en la tierra algo más bello
Que el sol resplandeciente?
Ciertamente que no; nada le iguala.
Por él su aroma exhala
La cándida azucena,
El lirio de los valles
Y la violeta de fragancia llena.
Pues cuando él lanza en la mitad del día
Sus vivos resplandores,
¿Le hacen falta quizá de las estrellas
Los pálidos fulgores?
Cuando los mares salen de su centro
Y arrancan despiadados
Palacios y cabañas,
¿Se aumentará su rápida corriente
Porque á su paso arrojen las montañas
Sus cristalinas fuentes?
¡¿Qué es una gota en los inmensos mares!!
¿Qué es un grano de arena
Ante esas tumbas que el Egipto encierra?
¡Pirámides gigantes
Que guardan las grandezas de la tierra!!
Pues mucho más pequeños todavía
Son ante Dios los mártires y santos,
A quien el hombre rinde idolatría.

Hace ya luengos siglos
Que los profundos sábios de la Grecia
Le dijeron al hombre:
«Para salvarte de un terrible abismo
Conócete á ti mismo.»
Los años y los siglos trascurrieron,
Y los hombres jamás se conocieron.
Mas como la ignorancia
No conoce ni dique ni distancia,
Hé aquí que los mortales
La doctrina de Cristo analizaron,
En nada su grandeza comprendieron;
Pero atrevidos, sí, la reformaron.

Todas las obras que los hombres hacen
En llegando su tiempo prefijado
En humo se deshacen;
Por eso el fanatismo
Se perderá tambien en el abismo.
Moralidad social, ¿cuándo en tu trono
Te ostentarás triunfante?
¿Cuándo del hombre cesará el encono?
Cuando la luz del Evangelio irradie
Por todos los confines de la tierra,
Y el creyente no busque intermediario
Para llegar de Dios al santuario.
¡Época bendecida, avanza en tu carrera!
La humanidad te espera
En su profundo sueño sumergida.
¡Rayo de luz fulgura.... resplandece...!
¡Atrás, oscurantismo!...
Ya tu poder fenece:
¡Feliz el pueblo que á la sombra crece,
Del justo y verdadero cristianismo!

VIOLETA.

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

§. V. — LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS.

Fé, Esperanza y Caridad.

La Fé — Dijo Jesús: «Yo soy la luz del mundo, para que todo aquel que en mí crea no permanezca en tinieblas.» (San Juan, cap. xii, ver. 46.) En nuestra penosa peregrinacion, la grande antorcha que nos ha de guiar hasta llegar al reino de Dios, que nos ha sido prometido en las Sagradas Escrituras, es la fé. Esta consiste en creer en la misericordia de nuestro Dios y en todos los medios que ha preparado para salvarnos. Es preciso, pues, creer lo que no hemos visto, pero que fué visto por nuestros antiguos padres y nos fué revelado por aquellos á quienes Dios plugo encargar la trasmision de la doctrina. La fé es, pues, la primera condicion del cristiano.

La fé de los cristianos, sin embargo, es apoyada por la razon. Con ella puede adquirirse el conocimiento de las verdades de la Escritura. Los gentiles y paganos que abrazaron el Evangelio debieron tener razones poderosas para sacudir el yugo de sus preocupaciones y falsas creencias. La luz del Espíritu debió operar en ellos; y ciertamente que el cristianismo se distingue de todas las demás religiones, en que descansa sobre pruebas, en que ofrece razones y en que preceptúa á los cristianos se pongan en estado de dar cuenta de su fé. Jesús y sus apóstoles no entendian por fé cristiana un asenso ciego, independiente de toda razon. (Epístola 1.ª á los Tesalonicenses, cap. v, vers. 19, 20 y 21.)

Es una verdad incontrastable y demostrativa que la personificacion de la humanidad en el hombre sufrió desconcierto, perturbacion y desórden. El mal se infiltró en el corazon del sér que salió perfecto de las manos del Creador. El pecado y la abominacion dominan en la tierra; ¿seria posible que el espíritu del mal, inutilizara la grande obra de Dios? ¡Absurdo! ¡Blasfemia!

Esto supuesto, la inteligencia sugiere la idea de que Dios, todo bondad y misericordia, tenia en sí el medio de restablecer la dignidad del hombre para recoger pura su alma inmortal. El dogma cristiano de la redencion del hombre por el hombre, es lógico. Empero el encargado de esta sublime mision era preciso que tuviese un poder sobrenatural que fuese una emanacion de Dios, que fuese el Verbo de Dios hecho Hombre para mostrarse perfecto y diese testimonio de sí; porque un simple mortal, por bueno que fuese, estaria contaminado como los demás. El Verbo hecho carne era una necesidad para salvarnos. Se mostró al mundo y enseñó una doctrina de moralidad, de amor mútuo, de paz y de reconocimiento del Creador de todas las cosas. El Verbo Hombre se ofreció en sacrificio por nosotros, para satisfacer el atributo de la justicia divina, y pagó en la cruz lo que nosotros debíamos. Está fé nos salva, y la gratitud y el amor que este sacrificio debe inspirarnos es la base de las buenas obras. Así se purifican nuestras almas y se hacen dignas de volver al origen de donde salieron.

De la fé proviene la salud que está preparada para los tiempos postreros en que se ha de pedir cuenta á los hombres del uso que hicieron de la misericordia de Dios. Lleguémonos á Él con pureza de corazon, con fé cumplida y libres de mala conciencia. Suframos, entretanto, con paciencia y resignacion; esperemos para que la prueba de nuestra fé, mucho más preciosa que el oro, sea aceptada cuando Nuestro Señor Jesucristo vuelva á manifestarse por segunda vez, puesto que el fin de la fé es la salvacion de las almas. Para obtener el don gratuito de la fé no hay otro medio que oracion y la frecuente leccion de las Santas Escrituras.

La Esperanza. — Esta virtud teologal es hija de la fé y hermana de la caridad. «La dulzura del Señor está sobre aquellos que ponen en Él su esperanza.» (Salmo 30, ver. 20.) Cuando son firmes nuestras creencias en la mision divina de Jesucristo en la tierra, debemos esperar el cumplimiento de las promesas que nos han sido hechas desde el principio de los siglos. Todas las que el Señor hizo á Abraham y demás patriarcas de su estirpe, se refieren en su sentido místico á los frutos de nuestra redencion por Jesús; esto es, la salvacion y el triunfo de la nueva Jerusalem, que es su santa Iglesia.

La esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve ó posee, ¿cómo lo espera? Y si lo que no vemos esperamos, por la paciencia lo esperamos; pues la esperanza engendra paciencia, la cual nos pone á prueba para experimentar y sufrir el poder de Dios, y cuanto mayor es el rigor de su poder, tanto más cierta y firme es la esperanza, como sucedió á David y á Daniel y á otros muchos varones y mártires, los cuales fueron probados por grandes tribulaciones, recibiendo la íntima seguridad de su salud eterna, despues de ejercitada su fé y hallada pura por la paciencia. Job decía: «Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último, dice, he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y esta mi esperanza está depositada en mi pecho.» (Job, cap. 49, vers. 23, 26 y 27.)

Hasta la tentación, que es la escitación al pecado, produce el fruto de la esperanza cuando el espíritu se esfuerza en dominarla y castigarla. La esperanza en Dios es la mayor felicidad del hombre. Fuera de Él, ¿qué es lo que puede esperar, siendo todo lo humano perecedero y deleznable, los hombres y las cosas? Pongamos, pues, el corazón en solo el Omnipotente, de quien todos dependemos; renunciemos á todos los poderes de la tierra, y desconfiemos de la prudencia, sabiduría y consejos humanos. Algunas veces nos parecerá que de estos medios nos viene la felicidad, pero cuando se nos figura que van mejores y más acertados los negocios de nuestra vida, por tener de nuestra parte el favor y la influencia de los poderosos, entonces es cuando verdaderamente estamos más expuestos á perderlo todo, quedándonos cuando menos lo pensamos, sin Dios y sin los hombres. Nos fiamos de las cosas del mundo, y porque las vemos y las palpamos, se nos ofrecen más halagüeñas y positivas, pero á lo mejor se trastornan y varían las circunstancias en que fundábamos nuestra esperanza terrena, y quedan desvanecidas como el humo todas nuestras ilusiones.

Así, pues, Dios quiere que esperemos en Él, por su sola palabra, y no por la autoridad ni el poder de los hombres; esperando en Jesucristo necesariamente seremos fortalecidos en medio de nuestros trabajos y adversidades, y en la paciencia recibiremos la recompensa que se nos tiene prometida. Son dignos de leerse los capítulos XVII, XVIII y XXX de la profecía de Jeremías, y los Salmos 144 y 145, según los Hebreos, que de una manera enérgica y persuasiva aseguran nuestra esperanza en Dios.

La Caridad.—Dios hizo brillar su caridad en nosotros, porque aunque éramos pecadores murió Cristo por nosotros. (Ep. á los Romanos, cap. v, vers. 8 y 9.) La caridad es amor y Dios es caridad. Por esto fué consumado el amor que el Señor nos tiene derramando su sangre, para purificarnos de la contaminación del pecado, perdonándonos por la fé y la esperanza que tenemos en Nuestro Señor Jesucristo. Así, pues, el cristianismo es el amor á nuestros semejantes, á imitación del amor que Dios nos tiene. Aborrecer á su hermano y amar á Dios es contradictorio. El que ama á Dios ama también á su hermano. Nada sirve para con Dios sin la caridad al prójimo; el martirio mismo sería inútil sin la caridad; ni la sabiduría ni la ciencia divina ni la fé misma, porque sería muerta sin el amor á nuestros semejantes. La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no es egoísta, no es iracunda, no piensa ni juzga mal, no se complace del mal ajeno, no se goza en la iniquidad; la caridad brilla en la verdad, todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Es inocente, pura y santa; nunca fenece y se sobrepona á todas las virtudes. (1.ª Corintios, cap. XIII, vers. 4 y siguientes.) Sea la comunicación de los hombres entre sí accesible y fácil, depongan el orgullo y la superioridad, tengan humildad y mansedumbre, sobrellevándose mutuamente sus defectos con paciencia, solícitos en guardar la unidad de espíritu con los vínculos de paz. Sean todos los hombres un cuerpo y un alma, como fueron llamados por Jesucristo. Un Señor, una fé, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que es sobre todos y sobre todas las cosas, y Él en todos nosotros.

Ofrézcase el hombre en todo como un ejemplo vivo de sana doctrina en la pureza de sus costumbres, en su gravedad y en circunspección. Use de palabra veraz y sea irreprimible en su conducta para que así pueda me-

jorar á su contrario. Obedezca el inferior al superior, respete la propiedad ajena, no murmure de su semejante, sea pacífico, modesto, tolerante; los que sean fuertes en la fé han de soportar á los flacos, y unos y otros se deben edificar mutuamente. (Epíst. á los Romanos, cap. XIV.)

No queráis amar al mundo y á las cosas del mundo, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia, soberbia y vanidad, y el mundo se pasa y sus ilusiones. Crezca la sublimidad del espíritu y anonádesse y perezca todo incentivo de la materia, para que justificados por la gracia de Dios seamos sus herederos según la esperanza de la inmortalidad. Si alguno ama al mundo por el amor de sí mismo, la caridad de Dios no está con él. Sea el hombre desprendido de sí propio para consagrarse al bien de sus hermanos. Parte con el hambriento tu pan, y á los pobres y á los peregrinos dáles hospitalidad. Cuando vieres á un desnudo vístelo, y nunca desdeñes á tu semejante; cuando abrieres tus entrañas al hambriento y complacieres á un alma afligida por el dolor y por el infortunio, nacerá tu luz en las tinieblas y las tinieblas serán como medio día, y el Señor dará reposo á tu conciencia y llenará tu alma de resplandeciente alegría y purificará tus huesos y serás como huerto regadío y como fuente de aguas vivas cuya corriente nunca faltará. (Isaías, cap. LXIII.)

¿Cuáles son, Señor, los merecimientos de muchos para que Dios los colme de favores, en tanto que otros sufren la pobreza y el abandono? Comparándose estas dos posiciones, ¿cuánta debe ser la gratitud de los primeros para con Dios! En cuanto á los segundos, la insondable profundidad de la sabiduría infinita del Creador les hace pasar por las pruebas de la amargura y del dolor á fin de purificarlos y para que haya en quien ejercer la virtud santa de la caridad. Es un deber imprescindible y sagrado en los hombres felices, el ejercicio de la caridad para con los infelices. ¡Vasto campo de amor y beneficencia que está abierto á los dichosos de este mundo!

Acordaos siempre de hacer limosna y no seáis codiciosos, pues las riquezas absorben los sentimientos del corazón y lo endurecen. Además, ¿cuántas riquezas hay mal adquiridas! ¡Ay de aquel que acrecienta lo que no es suyo, dice la Escritura, que amontona avaricia maligna para su casa á fin de construir alta su morada y le ponga á cubierto del infortunio, porque la piedra desde la pared clamará, y el madero que se coloca entre las junturas de la fábrica responderá contra el fraudulento que usurpó la fortuna ajena!

No desampareis al huérfano; defended sus intereses contra los que quieren despojarlo de su herencia. Sed para con el inocente el instrumento de la protección de Dios. Asistid á la cabecera del enfermo, derramad el consuelo en su alma, aliviad en cuanto podais los males de su cuerpo. Resuene en sus oídos la dulzura de vuestras palabras y lleven estas la unción y la esperanza en Dios, que es el verdadero médico de todas nuestras dolencias.

No olvidéis al preso entre sus cadenas; ¿cuántos suelen ser víctimas de la injusticia y de la tiranía de los hombres! Aun cuando las leyes hagan justo su padecimiento, consoladle y corregidle suavemente; prestaos á su defensa, abogad por él é implorad el perdón de la parte agraviada, porque de la cárcel y de las cadenas sale á veces alguno para reinar, y otro nacido en el reino se consume en la miseria. (Eclesiastés, cap. IV, versículo 14.)

Finalmente, no olvideis el precepto, ama á tu prójimo como á tí mismo, y haced por él lo que quisiéreis que fuese hecho con vosotros. De este modo la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo será con vosotros eternamente.—AMEN.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.

III.

Tres facultades tiene el alma del hombre; la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad. Todas tres son preciosas; el alma humana sería incompleta si le faltara una de ellas, pero no parece sino como si la inteli-

gencia y la voluntad jugaran papel mas importante que la otra facultad. Por la inteligencia el hombre conoce, comprende, combina, compara, forma juicios, piensa en fin: por la voluntad quiere, se mueve, se agita, obra. Por la inteligencia somos ignorantes ó sábios, ilustrados ó incultos; por la voluntad somos justos ó injustos, buenos ó malos. La inteligencia juzga una cosa cualquiera; la voluntad luego la rechaza ó la desea. A veces hay notable desacuerdo entre las dos facultades, y lo que la inteligencia rechaza como malo ó indigno, la voluntad suele quererlo por apetecible y bello. ¿Se puede decir que cuando hay una tentación poderosa y un objeto atrae poderosamente nuestros sentidos, Dios mueve la voluntad y es el inspirador de aquel mal deseo? No, seguramente. Viendo que el pecador es obstinado y que se hunde más y más en el pecado y no quiere responder á los llamamientos incesantes que Dios le hace de todas las maneras posibles, concluye por apagar y cegar su entendimiento de que tan mal usa. San Juan lo dice: «El cegó sus ojos y endureció sus corazones.» Un escritor cristiano emplea una exactísima comparación para espresar estas ideas. Figuraos un escolar que en vez de aprovechar la luz que se le concede por de noche para hacer estudios útiles y provechosos, la emplea en leer libros ó insulsos ó nocivos ó perjudiciales. Lo ménos que haría su maestro sería ir, cojer la luz y apagarla. Esto hace el Señor con el pecador. Cuando le vé perdido de tal suerte que todo lo que Dios hace para salvarle él lo convierte en medio de condenación, le ciega el entendimiento y le abandona á su propia perversa voluntad. Y de la propia suerte que el escolar, falto de luz, al ir á andar tropieza, se dá en todas partes y concluye por caer, así el pecador, falto de la luz de la inteligencia de que Dios le ha privado en castigo de sus faltas, cae en nuevos pecados y comete nuevas iniquidades. Queda, pues, sentado que estas iniquidades no las comete el hombre impulsado por Dios: el papel de Dios se limita aquí á cegar el entendimiento del hombre, ó dicho de otro modo, á castigarle de esta manera por sus estravíos. «Yo les he abandonado á la dureza de su corazón y ellos han obrado según sus consejos» se lee en uno de los Salmos. Y este endurecimiento de los corazones tiene lugar en dos distintas clases de pecadores; hay la generalidad de los hombres que abusan del conocimiento de Dios y conociéndole pecan y pecan más horriblemente cada día, y hay algunos más malvados y criminales todavía que la generalidad de los mortales y que han cometido delitos de una gravedad especial á los cuales Dios entrega á Satanás y juzga de un modo más terrible y severo que á los otros. Tales han sido, por ejemplo, Judas, Caifás, Saul, Faraon y otros muchos.

El frío no es más que la ausencia del calor, las tinieblas no son más que la ausencia de la luz: de suerte que el frío y las tinieblas por sí mismos no existen. La ausencia del sol produce las tinieblas, pero el sol mismo no es el que las produce porque su propiedad es el ser luminoso. Lo propio sucede con Dios. Cuando Dios retira su gracia de un pecador, el pecado se produce otra vez, pero no es Dios mismo, que es la justicia y la santidad, el que le produce, porque los efectos de la santidad y de la justicia no son el pecado sino la rectitud y las obras buenas, sino el hombre es la causa de él. De consiguiente, la voluntad del hombre inclinándose siempre al mal y al pecado es origen de este. No injuriemos á Dios atribuyéndole lo que solo es propio de nuestra maldad y corrupción.

LA FUENTE DE LA SANTIDAD ES LA FÉ EN LA OBRA REDENTORA DE JESÚS.

El apóstol Pablo, que es uno de los que con más energía han predicado la doctrina de la justificación por la fé, la relaciona casi siempre con la de la santidad de la vida. En su Epístola á Tito nos manifiesta que la obra de la salvación, por la gracia de Dios, debe constantemente afirmarse «para que los que creen en Dios procuren en gobernarse en buenas obras.» (Tito, III, 8.) Y solo podemos gobernarnos en buenas obras, cuando las hacemos, no con la esperanza de salvarnos, sino con la seguridad de que ya lo estamos por la sangre derramada de Jesucris-

to. Cuando el pecador se llega á convencer de sus muchos pecados y sabe que le son perdonados por el sacrificio de Jesús, entonces ama más y más á Dios. «Con Cristo, decía Pablo, estoy juntamente crucificado, y vivo no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó á sí mismo por mí.» (Gál. II, 20.) Lo propio que Pablo debemos decir, pensar y hacer nosotros. Debemos vivir, no nuestra vida, sino la vida de Cristo; amarle por su sacrificio, como Él nos amó hasta permitir ser hecho maldición por nosotros, y sufrir por servirle como Él sufrió por darnos la vida eterna.

La fe en el sacrificio de Cristo lleva siempre en sí una influencia altamente santificante. El cristiano verdadero se dirige á Cristo, que es el verdadero fin, para que siendo libres del pecado, podamos eximirnos de su yugo. El que quiera adelantar en el camino del reino de Dios debe tener siempre presente que si de Él viene la justicia, de Él también viene la santificación. Justicia, felicidad, santidad, todo debe buscarse en Cristo. La fe, que no puede librarte, dice un escritor cristiano, del pecado, jamás te librará del infierno; y la fe que no puede conducirte al deber nunca podrá llevarte al cielo.

Justicia y santidad no son una misma cosa. La fe es lo que únicamente justifica; la santidad es la persistencia en la fe, la perfección en la vida. En la santidad hay mucho amor por parte de Dios; pero este amor, en el cual aquella vá envuelta, se manifiesta más patentemente en la fe que justifica, la única y sola cosa que nos une con Cristo.

¿Puede haber santidad en el alma de aquel hombre que no tiene fe en la eficacia redentora de la muerte y pasión de Cristo? Cuanta más fe hay en la gracia de Dios por medio de Jesucristo, se hace más fácil y grato el cumplimiento de todos nuestros deberes religiosos; cuando caemos en la incredulidad, los cultos nos fatigan, y todas las prácticas religiosas nos fastían é incomodan.

Mientras no haya plena fe no pueden tampoco ser plenamente purificados nuestros corazones; y como quiera que la fuente de toda purificación es la sangre vertida de Jesús, en ella debemos bañar nuestras almas si queremos ser aceptos delante del Padre.

La santidad empieza después.

Cuando oramos, solemos hablar mucho; nuestras oraciones suelen ser por lo general un vano tejido de palabras. Desde hoy en adelante, cuando oremos, bien sea pidiendo una nueva efusión del Santo Espíritu sobre nuestros corazones, bien sea demandando que el Evangelio haga nuevos prosélitos en nuestro país, ú otra cosa cualquiera, no debemos alegar más que un solo mérito, bueno por ser de Jesús, su nombre y su sangre derramada en propiciación por nuestros pecados. «En toda verdadera oración, dice otro escritor evangélico, debe insistirse mucho en la sangre de Cristo; acaso nada deja ver con más evidencia la escasez del poder y espiritualidad de la oración, que el descuido de este punto. Donde la sangre propiciatoria se ha perdido de vista y no se ha reconocido ni invocado, ni puesto como la grande y primera causa, la oración pierde su poder. Las palabras son nada; nada la fluidez de la expresión, las bellezas del lenguaje, la brillantez de los pensamientos, cuando la sangre del Cristo—la nueva senda de vida para llegar á Dios, la gran causa que mueve su omnipotencia, por la cual somos admitidos en el santuario—se descuida, se menosprecia y no se mira como la parte esencial y la base de toda petición. ¡Oh, cuán poco interés se dá á esto en las oraciones!... ¡Cuán poco se atiende á la sangre propiciatoria de Emmanuel! ¡Cuán poco nos acordamos de ella en el santuario, en el púlpito, en el círculo social... mientras ella es precisamente la que hace que la oración sea tal como debe ser para con Dios. La oración es aceptable á Dios, solo cuando sube perfumada con la sangre de Jesús, y no de otro modo; toda oración es escuchada cuando presenta como único mérito la sangre de Jesús.»

Nosotros no podemos tener comunicación ninguna con Dios sino por medio de Jesucristo; Él es el único camino para llegar al Padre. Cuando Dios ha coronado y aceptado el sacrificio de su único Hijo, ¿qué menos hemos de hacer nosotros que presentar al Padre como nuestro único mérito, los méritos de Jesucristo?

Podemos apartarnos de Dios; podemos, en vez de

apartarnos de la culpa, abismarnos más y más en ella; pero advertamos que siempre «tenemos libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo.» (Heb. x, 19.) «Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, á Jesucristo el Justo.» (Juan, II, 1.) Todas las peticiones se consiguen teniendo fe en la obra salvadora del Mesías. «Si estuviéreis en mí y mis palabras estuvieren en vosotros, todo lo que quisiéreis pediréis y os será hecho.» (Juan, xv, 7.) ¿A qué atribuir el que muchas de nuestras súplicas no son escuchadas? ¿A qué atribuir el que muchos de nuestros ruegos no son recibidos en el cielo? A nuestra poca fe en los méritos de Cristo, á nuestra escasa confianza en la eficacia de su obra redentora.

CARTA Á LOS PRESBITEROS ESPAÑOLES.

(Continuación.)

La religión del Evangelio, distinta en todo del culto material del paganismo, no necesita grandes basílicas, ni estatuas de dioses y semi-dioses, ni candeleros de plata, ni incienso, ni adornos, ni altares de plata y oro, ni vestimentas de terciopelo y seda, ni toda la parafernalia de esos cultos que no hablan más que á los sentidos; le basta un modesto departamento capaz y decente con un suelo para arrodillarse, con algunas sillas ó bancos en que puedan sentarse los fieles para leer con más comodidad el ejemplar de la Palabra de Dios ó divina que cada uno debe traer consigo. El culto es el del corazón, y no consiste en ceremonias teatralmente arregladas y ensayadas de antemano, ni en ciertas y determinadas oraciones de cuyo círculo no se puede salir. El que se sienta con fuerza y unción suficiente para hacerlo, puede allí improvisar una oración con recogimiento religioso; en seguida puede proponer la lectura de un trozo del Antiguo y de otro del Nuevo Testamento; se puede hacer un sencillo comentario de lo que sea leído, lo cual le sujerirá abundantes observaciones que estimularán á sus oyentes á apartarse del mal y á perseverar por el camino del bien, á empaparse en las doctrinas del Salvador y á ajustar todos los actos de su vida á los preceptos de la caridad cristiana. Luego los fieles, imitadores de los primeros cristianos que desafiaban con estas sencillas prácticas todas las persecuciones y las iras del paganismo, podrán unir sus corazones y sus voces en alguno de sus himnos sencillos, cuya tierna poesía es tan propia de los sentimientos puros y cristianos que inspira la religión.

¿Hay en todo esto algo de malo, algo de criminal, algo de reprehensible, algo que pueda causar recelo á la autoridad más asustadiza y á la conciencia más escrupulosa, algo que pueda echar un borron sobre los que van marchando de vanguardia por el camino de la verdad? Pues si no lo hay, yo digo á todo el clero español: manos á la obra, y empecemos todos unidos como buenos hermanos, como buenos compañeros, como buenos españoles y mejores cristianos, á trabajar en la forma que dejo dicho, seguros de que basta un pequeño principio de esta especie para echar los cimientos de la gran obra, para traer á su alrededor numerosos cooperadores y para preparar aquel día en que hemos de ver á todos nuestros patricios, fuertes bajo el estandarte de la verdad, disipar las tinieblas que hoy rodean al pueblo español y encumbrar á nuestra nación al puesto de dignidad, poder é independencia que le corresponde.

Registrad las Escrituras, presbíteros españoles.

Las Escrituras Sagradas son más antiguas que todos los otros escritos: sin embargo, no fueron dadas al mundo con el fin de divertirnos con la relación de pasajes y ocurrencias pasadas, sino para instruirnos en el camino de la salvación. «Todas las cosas que han sido escritas para nuestra enseñanza están escritas.» En la Biblia Dios nos habla con la condescendencia que lo hace un padre con su hijo. Sin la Biblia estamos todos en la oscuridad con respecto á nuestra naturaleza y voluntad, y seguiríamos en la incertidumbre acerca de nuestro estado futuro, que es lo que más nos interesa. Por lo tanto, debemos atender á ella como una luz que alumbra en un departamento oscuro. Cuidado con tener en poco

las Escrituras. El sábio Salmario, á la hora de la muerte, exclamó: «He perdido un tiempo infinito. Si se me concediera un año más de vida, lo emplearía en leer los Salmos de David y las Epístolas de San Pablo.»

Presbíteros españoles.

Las Escrituras han sido dadas por inspiración divina: esto está probado por las profecías que se han cumplido, por los milagros que se han hecho, por las promesas que se han realizado en la experiencia de todos los que han creído de corazón. La dignidad, pureza y claridad de estos escritos, la relación compacta que hay en todos estos libros respecto ó acerca de la naturaleza de Dios, y el carácter del hombre, la condición actual del pueblo judaico, en una palabra, solo Dios pudo haber dado semejante libro para satisfacer á todo hombre humilde y deseoso de instruirse. Los dos puntos más grandes y más principales que presenta la Biblia á mi consideración, son el estado del hombre tan sumamente perdido, depravado é impotente, y el único camino de la salvación por Nuestro Señor Jesucristo.

Registrad las Escrituras, presbíteros españoles, y vereis y leereis que ellas dan testimonio de la miseria, ignorancia y desamparo del hombre, y revelan un medio de redención para el cual es Dios Nuestro Señor, como él mismo ha señalado y dejado dicho: «Escudriñad las Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de mí.» Así es que, desde el libro del Génesis hasta el Apocalipsis, Jesús nos es manifestado como el gran Redentor. «El testimonio de Jesús es espíritu de profecía.» Por lo tanto, el espíritu mismo es el punto principal y esencial de la profecía, esto es, el dar testimonio de Jesús. El mismo Jesús declara: «En la cabeza del libro está escrito de mí, hé aquí, vengo para hacer tu voluntad, Dios mío; quiselo, y tu ley en medio de mi corazón.»

No os desanimeis, presbíteros españoles, por las dificultades que se os presenten, pues se desvanecerán por grados. Comparad una parte con la otra, esto es, según vayais leyendo, examinad vuestras conciencias y preguntad á vosotros mismos: ¿Qué doctrina contiene este capítulo? ¿La creo yo? ¿Qué promesa? ¿La necesito yo? ¿Qué precepto? ¿Lo hago yo? ¿Qué ejemplo bueno? ¿Lo sigo yo? ¿Qué ejemplo malo? ¿Lo evito yo? Y según vayais leyendo, orad igualmente: «Señor, dame fe en tu verdad, hazme andar en el camino de tus mandamientos, lo que yo no sé enseñarme tú, etc.»

Por lo tanto, presbíteros españoles, enseñad las Escrituras á los padres de familia. Padres de familia, escudriñad las Escrituras por vuestro bien propio y por el de vuestros hijos. «Estas palabras estarán en tu corazón, y las contarás á tus hijos, y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte á dormir y al levantarte.»

Por lo mismo, presbíteros españoles, enseñad las Escrituras á los niños. Niños, escudriñad las Escrituras, para que desde vuestra niñez podáis haceros sábios para vuestra salud, por la fe que es en Jesucristo, y de ese modo evitáis la corrupción, evitáis la miseria á que os conducirá la ignorancia de la verdad.

Presbíteros españoles, enseñad las Escrituras á los amos y cabezas de familia. Amos y cabezas de familia, escudriñad las Escrituras, estando ciertos que también vosotros teneis Señor en los cielos, para que aprendáis la gran responsabilidad en que os encontrais respecto á los que están bajo vuestro cuidado.

Presbíteros españoles, enseñad las Escrituras á los criados. Criados de servicio, leed las Escrituras, para que sepáis vuestras obligaciones y vuestros privilegios y para que aprendáis á cumplir con los deberes de vuestra situación en el temor de Dios, mirando por vuestra reputación y buen nombre, y para satisfacción de vuestros amos ó señores.

Ricos y pobres, viejos y jóvenes, padres y madres, niños y criados, y en particular presbíteros españoles, leed y registrad todas las Sagradas Escrituras; su objeto es el preservaros de los peligros que acompañan á las riquezas, de las tentaciones que rodean á la pobreza; el servirlos á unos de guía en su juventud y á otros de consuelo en su vejez.

Por lo tanto, hermanos y compañeros míos todos, si no teneis este precioso libro de que trato, procurad obtenerlo y no dejéis pasar un día sin leer alguna parte de él. Un solo verso puede ser como la piedra del arro-

yo, con la cual David mató al gigante Goliath. Grande es el privilegio de los que poseen una Biblia. Por lo tanto, aquellos que no la tengan pueden aprovecharse de la primera ocasión para conseguirla. Si la lograis para vosotros, proporcionad igual tesoro para vuestros hijos, y en seguida poned de vuestra parte todo lo que podáis por comunicarla á otros. No cesemos de registrar las Escrituras un solo momento, unas veces para nosotros mismos y otras para comunicárselas á otros, hasta tanto que nuestras propias almas se hallen llenas de sabiduría, amor y alegría, y hasta que no quede ser viviente alguno que no haya sido convertido, instruido ó sacado de la miseria en que se encontraba. Para esforzarnos á hacerlo así, ya está dicho, la tierra estará llena de la ciencia del Señor, como las aguas del mar, que la cubren.

El clero español debe protestar y quitarse de encima el cruel, el criminal é inmoral yugo de Roma que pesa sobre su conciencia, como lo ha hecho el autor que os dirige esta, y os traza y os señala el camino de la verdadera religión, de la verdadera fe, porque Roma os tiene puestos una venda en vuestros ojos para que no veáis el camino que ha dejado preparado Nuestro Señor Jesucristo por medio de sus enviados, que fueron los apóstoles.

(Se continuará.)

MOVIMIENTO RELIGIOSO REFORMISTA.

Siguiendo el espíritu reformista de los católicos que quieren volver por el purismo dogmático de las doctrinas evangélicas, tenemos aquí que hacernos cargo de las siguientes resoluciones del sínodo de la provincia de Cantorbery, que han sido remitidas á la antigua iglesia de Holanda, á los patriarcas de las iglesias orientales y al Comité de los antiguos católicos de Munich, en la esperanza de que estas ramas de la Iglesia católica, que creen siempre la fe concedida en otros tiempos á los santos, rechacen los nuevos dogmas. En dichas resoluciones aparece una base común para la unión católica, y el lector puede verlas á continuación:

«1.º El Concilio del Vaticano no merece el nombre de Concilio ecuménico ó general, y sus decretos no tienen ningún título para ser considerados como cánones de un Concilio general.

2.º El dogma de la infalibilidad del Papa, enseñado por este Concilio, es opuesto á las Santas Escrituras y al juicio de la Iglesia universal.

3.º La usurpación de la supremacía por el Obispo de Roma, al convocar el Concilio del Vaticano, es contraria á los cánones de la Iglesia universal.

4.º No hay más que una verdadera Iglesia católica y apostólica fundada por Nuestro Señor Jesucristo; la iglesia anglicana y las iglesias en comunión con ella, son miembros vivientes de esta verdadera Iglesia, católica y apostólica, y la iglesia anglicana desea mantener con firmeza la fe católica como enseñada por los Concilios ecuménicos de la Iglesia universal, y desea unirse sobre las bases de estos principios de doctrina y de disciplina, en caridad fraternal, con todas las iglesias de la cristiandad.»

Bastan esas cuatro bases para comprender bien claramente que Holanda, que tantos y tan grandes sacrificios ha hecho por la libertad religiosa, se prepara á fundar una iglesia cristiana universal de verdaderos católicos. ¡Honor á este baluarte de la libertad de conciencia! ¡Honor también á Alemania, donde sus grandes doctores, protegidos por Bismark, desafían sin cesar los rayos del Vaticano, y por su ruptura gloriosa con Roma preparan las vías á la renovación religiosa que se ha consumado en la libre Bélgica!

Pero lo satisfactorio para nosotros es que todos los pueblos cultos siguen este movimiento reformista. Suiza, Francia, Portugal, Inglaterra, Italia y hasta en América secundan á los viejos católicos reformistas, siendo muy de notar que en Colonia todos los estudiantes de teología se disponen á ir á Amersfoort, cerca de Utrecht, para prepararse en la soledad de un seminario perteneciente al clero antiguo católico, á fin de recibir las órdenes sagradas y esparcirse después por los pueblos predicando la pureza del dogma.

Este gran movimiento religioso se opera más rápida-

mente en Alemania, de donde ha salido la predicación anti-infalibilista. Hoy, agrupados los viejos católicos alemanes, para poder resistir así mejor la influencia siempre perniciosa del clero romano, han provocado varias asambleas públicas, deliberando sobre lo que toca hacer á los separatistas de Roma.

En una de estas asambleas, la efectuada en Viena el día 5 de Agosto pasado, se fijaron las siguientes bases en que más principalmente se ha de fundar la Reforma religiosa:

«1.ª El Municipio debe recobrar el derecho que ha tenido desde el origen del cristianismo, de nombrar á sus curas y demás directores espirituales, poniéndose así al nivel de los israelitas y de los protestantes, que desde hace mucho tiempo gozan de este beneficio.

«2.ª Los eclesiásticos deben tener sueldos fijos y suficiente á su subsistencia y á poder vivir de un modo conveniente.

«3.ª El celibato de los curas ha de ser abolido; todo cura católico debe tener el derecho de casarse, como sucedía en los primeros tiempos del catolicismo.

«4.ª Se suprimirán los capítulos de los canónigos.

«5.ª La misa se dirá en idioma vulgar, es decir, en alemán. Lo mismo sucederá con los cursos de teología en los seminarios.

«6.ª Todas las misas, bendiciones de matrimonio y ceremonias funerarias serán gratuitas. Todo pie de altar á favor de los curas se suprimirá, reemplazándose con un aumento de sueldo.

«7.ª La Iglesia debe desear la pompa y la vanidad en los entierros; un solo cura se encargará de las funciones eclesiásticas en los entierros de los ricos y de los pobres.

«8.ª La confesión auricular será abolida.

«9.ª Las romerías, que distraen del trabajo á los pueblos de las montañas, quedan suprimidas, y con ellas las procesiones.

«10. El culto de las imágenes debe cesar en absoluto.

«11. El culto de las reliquias será prohibido por el Estado y abolido por completo.»

Cuarenta y siete días después de presentarse las anteriores bases volvían á reunirse los católicos viejos de Alemania, Austria y Suiza en Munich, para tratar definitivamente de aprobarlas ó desecharlas. Y el día 24 de Setiembre la asamblea se disolvió, habiendo tomado el acuerdo de trabajar por todos los medios que sean lícitos hasta establecer la nueva Iglesia. Con este motivo, entre los prelados alemanes y sus feligreses están ocurriendo diariamente escenas lamentables.

El arzobispo de Munich, al decir de la *Gaceta de Ausburgo*, ha hecho cerrar las puertas de una iglesia. El abate Federich, excomulgado á causa de su oposición al dogma de la infalibilidad, ha celebrado un matrimonio católico. Siendo la iglesia propiedad del Municipio, la autoridad municipal hizo abrir las puertas del templo, y dió orden al sacristán, que es un empleado del Ayuntamiento, para que, como de ordinario, llenase sus funciones. El Consejo municipal está dispuesto á hacer frente á las usurpaciones del prelado.

La prensa de Baviera cuenta que el arzobispo piensa excomulgar á todo el Consejo municipal en masa, esperando por este medio volver á adquirir su perdida autoridad.

Mientras el clero sigue por su camino de siempre, los reformistas alemanes van acabando su obra; y á la propaganda de sus reformas se debe el deseo que siente ya de restablecer á la Iglesia en su primitivo estado de pureza, para que pueda tomar de nuevo y llenar en el porvenir, como lo hizo en el pasado, su misión moralizadora y religiosa en provecho de la sociedad y del individuo. Se debe resolver ese gran problema; es de todo punto preciso, ante todo, unir y organizar las fuerzas con que contamos los reformistas, para presentarnos en todo el mundo buscando prosélitos.

A este fin, los alemanes provocarán otra reunión para Junio próximo, para reunirnos en un congreso público, donde habrá sesiones públicas y privadas.

En las sesiones privadas, á las cuales podrán asistir con derecho á votar los miembros del Comité de acción de Munich, los delegados de todos los centros de católicos viejos, y las personas que estén provistas de una invitación especial, se fijará el programa y se organizará el movimiento reformista.

En las sesiones públicas se darán conferencias, exponiendo el espíritu de la asociación y sus tendencias.

Para poder concurrir á ellas se repartirán billetes de entrada, que presentarán los interesados.

Todos estos trabajos parten de lo iniciado el día 3 de Agosto en Viena, cuando se presentaron las bases pidiendo la reforma.

No puede decirse que tales bases rechacen ninguno de los antiguos dogmas de la Iglesia, ni que rompa con la fe tradicional del catolicismo; pero en cambio, cuantas reformas señalan, cuantos preceptos estatuyen, son otras tantas transacciones disciplinarias con los tiempos, que podían muy bien haber partido del Vaticano, evitando así la ruptura, las escisiones y el anacronismo de Roma frente á las exigencias de la civilización.

Pero el pontificado no puede, por lo visto, renegar de su divorcio con los tiempos, y ha de hacerse cada día más difícil rectificar sus errores de conducta y sus aberraciones obligadas. ¿Ni cómo ha de venir á este acuerdo, cuando por su infalibilidad oficial hay que reconocerlo como árbitro de toda manifestación religiosa? Si él decide del cielo y de la tierra, y es el oráculo de la fe, y el maestro inabordable de la teología, ¿cómo ha de ponerse en contradicción con las decisiones canónicas del Concilio que ha colocado en sus manos el cetro de la divinidad?

Por de pronto, todos los poderes civiles se han alarmado de esa exuberancia de autoridad, que no puede dejar de producirle una apoplejía de absolutismo, y ningún síntoma más característico de muerte para las instituciones que el que se anuncia al venir su deificación y la soberbia de su apoteosis.

Cuando los emperadores romanos comenzaron á buscar sus abolengos en los dioses, revelaron al mundo su gran debilidad, y ni los tronos de oro ni las fastuosidades esternas pudieron evitar su decadencia y su desaparición final.

También el papado consiente hoy que lo paganicen y le constituyan un sόlo de oro, y le conviertan en la última aberración de la idolatría. Y sin embargo, por por bajo de todo esto, los pueblos huyen de esos olímpos insensatos, y les vuelven la espalda, y los creyentes mismos y los católicos se escandalizan de la profanación y castigan con su alejamiento el sacrilegio.

Las disposiciones tomadas por los Gobiernos alemanes y sus declaraciones oficiales, contrarias al espíritu y á las tendencias de la declaración dogmática del último Concilio ecuménico, son una muestra inapelable de la imposibilidad en que se hallan de germinar ideas que pertenecen á otros tiempos y á otra disposición de las conciencias, refractaria evidentemente á su estado actual y á todas sus necesidades presentes.

Para que el papado pudiera con algún éxito haber dogmatizado la obligada creencia recientemente promulgada, necesitaba haber podido retrotraer la historia, borrando cuatro siglos de acontecimientos y vicisitudes, y esto es absurdo hasta para pensado.

Podrán los adeptos, en fuerza de abstracciones, confeccionar una historia á su modo y hacer una crónica á gusto de sus preocupaciones é intereses; pero no es lo mismo idealizar los acontecimientos que anular su eficacia real y sus consecuencias permanentes. Mientras esto no consigan, lo cual es de todo punto imposible, batallarán en el vacío, y hablarán á los muertos, y contarán sus penas y sus desengaños á los que fueron; pero no podrán remover en un ápice la convicción de los vivos, ni detener por un momento la marcha de los pueblos y de las sociedades al cumplimiento de sus superiores destinos.

LA NOCHE.

Noche, ¡plácida noche! Cuando vienes
Y tiendes por el cielo tus estrellas,
Al verlas tan brillantes y tan bellas
Doy gracias al poder que las formó.
Cuando pasas tu mano por mi frente
Y abismas mis sentidos en el sueño,
Un instante te tornas en mi dueño
Y me vuelves la fuerza que se huyó.

Tú reunes los hijos en la casa,
Tú enciendes los luceros en el cielo,
Tú suspendes del ave el raudal vuelo,
Tú reanimas la llama del hogar,
Y tendidos tus tules sobre el éter,
Cuando la luna sobre el lago riela,
Entonces dice la oración la abuela,
La pacífica cena al comenzar.

Es cierto que á favor de tus tinieblas
Aguza tu puñal el asesino
Y despoja al viajero en el camino
De cuanto el triste con afán ganó;
Pero también es cierto que á esa hora
Se postra de rodillas el cristiano
Y ruega á Dios por su perdido hermano
A quien el oro vil alucinó.

Noche, ¡plácida noche! Tus luceros
Serán la eterna musa del poeta,
Tu inspiración febril é inquieta,
La esparces con tus alas en redor:
Al que te pide pensamientos, dásle
Tus ideas, tus gracias, tus sonrisas
Bañadas en perfumes de tus brisas
Regadas con el llanto de tu amor.

Cuando el sábio se abisma en una idea
Que puede acaso trastornar el mundo,
El sueño pesadísimo y profundo
Ahuyentas presurosa de su sien,
Y haces una corona con tus sombras
Que rodee su frente pensativa
Para que cree siempre y piense y viva
Y sea un sacerdote para el bien.

Déjame, deja contemplar los cielos
De negro engalanados por tu mano;
Yo busco, hermosa noche, y busco en vano
Espectáculo igual en la creación:
Déjame que examine tus misterios,
Déjame que proclame tus encantos.
De tí á los cielos subirán mis cantos
Envueltos en girones de oración.

A. SANCHEZ DEL REAL.

LAS BRUJAS DE ZUGARRAMURDI.

(Conclusion.)

Juana Tellechea declaró existir en Zugarramurdi una costumbre inmemorial en virtud de la que la víspera de San Juan elegían los vecinos una persona para rey de los cristianos y otra para rey de los moros, la cual era jefe de la partida respectiva en las batallas fingidas que solían darse en diferentes festividades del año; y que habiendo salido elegido rey de los moros en 1608 el esposo de la declarante, no pudo ella asistir aquella noche al aquelarre por tener que hacer los honores de la casa á las diferentes personas que habían venido á celebrar la elección de su marido, que no era brujo; falta por la que, á pesar de tan legítima excusa, mandó el demonio en la siguiente sesión darla sendos azotes, por medio del verdugo del aquelarre, Juan de Echaz, el cual cumplió concienzudamente la orden.

Juan de Echaz, llamado á su vez á declarar, manifestó ser de público, en Zugarramurdi, herrero, y de secreto, verdugo [en la secta de los brujos. Manifestó varias particularidades. Confesó que al entrar novicio, el diablo lo puso su marca en la boca del estómago, marca que se tornó después en una costra impenetrable y tan dura que no era posible hacer penetrar en aquella parte de su cuerpo los más agudos alfileres, siendo así que fácilmente penetraban por cualquier otra parte y le herían gravemente como puede suponer el sensato lector.

Tocó su turno á la vez á María Juancho, bruja contumaz. La buena mujer declaró que habiendo manifestado unos muchachos lo que habían visto en el aquelarre á donde habían sido llevados por sus padrinos, fue-

ron azotados después en sesión, pero tan cruelmente, que enfermaron y empezaron á secarse hasta que, habiendo tenido noticia de ello el vicario de Vera, los conjuró y los muchachos empezaron á sanar. Declararon de seguida cuanto habían visto en las sesiones y no quisieron asistir más al aquelarre. Las brujas los persiguieron crudamente lo mismo que á otros muchachos que se negaron á asistir á las asambleas. En unas ocasiones las brujas los tenían suspendidos en los aires por largo tiempo; en otras los transportaban á grandes distancias y después los volvían á dejar caer sobre sus camas. Tanto y tanto hicieron las satánicas brujas con los pobres muchachos de la población, que el vicario de Vera tuvo que tomar como medida de buen gobierno espiritual, la providencia de que los muchachos que aun no tenían uso de razón, y por cierto eran más de 40, fuesen á dormir todas las noches á su casa, donde con gran aparato y pompa los exorcizaba y rociaba con gran lluvia de agua bendita. Pero hete aquí que el buen vicario se olvidó durante dos noches consecutivas de sus exorcismos y aspersiones; entonces las brujas, que por lo visto eran más listas que el vicario, viendo que entonces era la suya, por cuanto ya los muchachos no estaban defendidos por aquel escudo impenetrable de conjuros y agua bendita, los robaron, se los llevaron al aquelarre y allí les dieron cuantos azotes podían soportar y algunos mas, con lo cual quedó burlado y corrido como una mona el susodicho vicario de Vera. Pero así como las brujas no se habían dado por vencidas, tampoco se dieron los muchachos; y una vez estando en la escuela vieron pasar dos mujeres, las cuales se les antojaron ser las dos brujas que los habían azotado. Salieron á galope de la escuela, dieron á correr tras ellas, apedreáronlas y movieron gran zambra y tumulto. Enteróse la justicia, prendió á las mujeres, y dos muchachos sostuvieron con energía hasta el fin delante del tribunal todo lo que hemos referido: la Inquisición formó proceso y de él resultó, además de lo espuesto, una grave declaración de las dos mujeres. Confesaron que habiéndolas reconvenido Satanás, su señor, porque hacía mucho tiempo que no habían hecho daño á nadie, resolvieron matar á sus dos hijos, y cada una de ellas dió muerte al de la otra con los polvos ponzoñosos sin más objeto que el de agradar á su señor, el cual se manifestó satisfecho de la ofrenda.

¿Qué hubo de verdad en todos estos sucesos? ¿Qué de mentira? ¿Se realizaron ó tuvieron lugar solo en la enardecida imaginación de los que se creyeron autores ó víctimas de ellos, estos milagros y hechicerías de brujas? Los unos se realizaron, pero únicamente por medios naturales; los otros no tuvieron lugar mas que en las mentes de los que los soñaron, y algunos, en fin, no se realizaron ni se soñaron siquiera, sino que fueron relatados como tales por algunos para dar mayor valor á su historia, que el orgullo y la vanidad humana hacen decir á muchas gentes porque se les tenga por personas interesantes, lo que ni vieron ni oyeron ni soñaron. Dolámonos de este humano defecto, y dolámonos más aun de que hombres doctos, versados en las letras sagradas y profanas diesen oídos y formasen voluminosos procesos sobre necesidades semejantes. Pero á bien que aquellas edades lo eran de fe ignorante y crédula, y no hay que extrañar que semejantes patrañas fuesen atendidas y escuchadas. Hoy la fe es más racional. Demos gracias á Dios por haber alcanzado estos tiempos en que las brujas perseguidas, son un mito y los inquisidores que las persiguen son fantasmas que no turbarán nuestro sueño.

NOTICIAS VARIAS.

Ha llegado á esta corte nuestro amigo el Sr. Carrasco, de regreso de su expedición á Valencia y Alicante. En la Iglesia evangélica independiente de esta última ciudad, nuestro amigo ha dirigido algunas predicaciones á los fieles de ella. También se ha verificado la ceremonia de la Santa Cena. Creemos que tanto estas predicaciones como la conmemoración de la última Cena de Jesús, habrán ejercido benéfico influjo sobre las almas de aquellos cristianos.

Como anunciamos en nuestro número pasado, hemos tenido el gusto de estrechar la mano del pastor Sr. Orellana, el cual ha confirmado y ampliado, como esperábamos, las noticias sobre la obra de Cartagena, que hemos publicado en distintas ocasiones. Bendiga Dios aquella obra, y trabaje mucho en ella nuestro amigo, que el grano de trigo sembrado en el invierno se torna al caer la primavera en la dorada espiga que mece la brisa de la tarde.

El 25 del presente tendrá lugar en la capilla del Redentor, á las cinco de la tarde, la celebración del aniversario de la constitución de la sociedad de socorros mutuos titulada La Evangélica. Desde luego invitamos á este acto, no solo á los socios de ella, sino á todos nuestros hermanos en la fe. Una sociedad que tiene por misión aliviar y socorrer las desgracias entre los que profesan una misma fe, debe ser alentada por todos y escitada á proseguir adelante en sus nobles y cristianos propósitos. Deseamos que sean muchos, muchísimos los aniversarios que lleguen á celebrarse para que sean muchas las lágrimas que enjague é infinitos los dolores que mitigue. Si alguna vez nuestros hermanos que se han asociado para esta buena obra encuentran decepciones y desengaños, no olviden que la fe llena los montes y la oración obtiene los imposibles. Perseveren, y el Señor se lo concederá todo.

El dinero de San Pedro continúa afluyendo á las arcas pontificias.

Últimamente, el arzobispo de Tolosa (Francia) ha enviado al Papa 40.000 francos, producto de su diócesis. El arzobispo de Grenoble le ha remitido 27.000.

La asociación francesa, contra el abuso de las bebidas alcohólicas, acaba de fundar un premio de 500 francos, que se entregará al autor del mejor trabajo que, bajo la forma de novela, de cuento, de sentencias ó de publicaciones ilustradas, presente el cuadro más vivo de los peligros de la embriaguez, pero con tal que el susodicho escrito sea de tal naturaleza que pueda ser puesto en manos de personas de todas edades y sexos.

Falta vá haciendo en nuestro país alguna asociación que ofrezca premios de esta clase.

De Roma escriben que el Padre Jacinto no asistirá al Congreso de católicos viejos que vá á reunirse en Colonia el 29 de Setiembre. El abate Michaud asistirá á él.

Lejos de encontrarse el Papa en la miseria, proyecta restaurar en Salerno la tumba de Gregorio VII, el famoso Hildebrando que hizo temblar á los emperadores. A despecho de las desgracias del tiempo, dice el ultramontano *Univers*, se concluyen obras de un trabajo costoso y admirable, y se emprenden otras que serán llevadas á buen término.

Una joven rusa llamada Romanowitsch, había pedido y obtenido autorización para continuar sus estudios científicos en Ginebra; y tanto ha estudiado, que ha merecido ser colocada á la cabeza de la lista de los estudiantes.

A vista de semejante triunfo, la Academia, queriendo conceder una recompensa á la joven, que por otra parte había sufrido ya en Rusia las pruebas necesarias para entrar en aquella Universidad, la ha concedido la posición de estudiante regular de segundo año en la facultad de Ciencias.

También nosotros tenemos muchas mujeres de esta especie.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.